

## LAS PALABRAS Y LOS DIOSES

*Llamad a los dioses: vendrán. Los libertinos no están amodorrados. (R. Ch.)*

1. Una considerable parcela de la obra de Picasso está consagrada a desvelar un posible sentido contemporáneo de la mitología clásica mediterránea. El minotauro y los dioses del panteón heleno germinan en la selva que el pintor fragua en su honor. Y emergen, gigantescos y proteicos, confundiéndose con los hombres, en una orgía desmesurada, deseosos de amancebarse con los mortales, despertando del légame del olvido para sobrevivir en la eterna ficción del arte.

Un *Retrato de Silvette* puede representar a Artemis; las *Mujeres de Argel* todavía escuchan el eco de un hexámetro de la *Eneida*; su *Alegría de vivir: Pastoral* reconstruye el paisaje de Dafnis y Cloe; las *Mujeres acostadas* nos hablan de Juno; la *Pesca nocturna en Antibes* inventa de nuevo el fragmentalismo de algún pasaje de la *Odisea*; el *Pintor trabajando, observado por un modelo desnudo*, rememora a Horacio hablando del verso como caudal que inventa la Historia; la *Orgía del minotauro* descubre el libertinaje de los hombres y los dioses devanando la madeja de un banquete ancestral, donde los cuerpos festejan el triunfo de las pasiones y los dioses se confunden con ellas.

Despierta de su modorra el rebaño de los dioses mediterráneos, atraídos por la fábula de líneas que los convoca, para emprender en una fiesta indeclinable el festejo de la creación. Klossowski, hablando de Virgilio, dice palabras que nombran a Picasso: desciende su voz en la oscuridad de los signos y la inteligibilidad gramatical y asciende hasta la aurora de la fábula: allí donde nunca se discierne si son los dioses quienes consumen en ardor nuestros espíritus o es el irresistible deseo quien toma una fisonomía divina.

Y Gertrude Stein reflexionaba: «He estado estudiando *Los tres músicos* y ya he comprendido su significado: es una naturaleza muerta; Picasso se ríe de ella. El arte para él no es cuestión de intelligen-

cia, sino de placer.» Las escuelas desaparecen, devoradas por la propia autofagia. La emoción de crear un sistema de significaciones sólo es comparable al placer de destruirlo. Se suceden las obras, los tiempos y los ciclos, y cada obra anula e inventa un pasado y un futuro a otra obra; cada línea es destruida y fecundada por otra línea; cada objeto de arte siempre es insuficiente en sí mismo; de ahí que el destino del artista se cumpla en el acto libertino del frenesí creador.

Víctima de una estirpe que nunca pudo sobrevivir a sus creencias, Edipo cumple cada uno de los mandatos y los ritos impuestos por las divinidades en que ha depositado su locura, y es a él, y no a otro, a quien condena la maldición eterna. Edipo ha sido víctima de su pavor; él exige el cumplimiento de los augurios fatídicos, que sólo un hombre de sus creencias pudo alimentar; en su deseo cumplió su maldición. Edipo se inclina a la observancia del oráculo; su palabra anhela conocer la verdad de su destino, y, al pronunciarse, evoca en su presencia una eternidad de amargura y desesperación; hablar, por vez, primera, será convocar la falacia de nuestro desmoronamiento perpetuo, la evocación de una ruina que los signos del lenguaje tejen en la miseria de la conciencia de los hombres. En el espanto de su condición cree que nunca será amilanado por el poder de las palabras, y exclama: «¡Oh Tiresias, que todo penetras, lo decible y lo indecible, los arcanos del cielo y los secretos de la tierra! Ya ves, aun ciego como estás, de qué plaga está presa la ciudad. Tú eres nuestra sola defensa y salvación (...); no nos niegues lo que las aves o las fuentes del saber profético te comunican a ti; sálvate a ti mismo, salva a la ciudad, sálvame a mí; borra, en fin, la mancha de ese asesinato; en tus manos estamos; ayudar a los demás con lo que uno sabe o puede es la más dulce de las faenas.» Pero el descubrimiento de la conciencia, el despertar de una voz que puebla la incertidumbre con las sombras de la duda, marca la hora fatal de su agonía: «¿Y cuál será el puerto, cuál el monte Citerón que no repetirá muy pronto el eco de tus ayes, cuando te des cuenta de tu himeneo, golfo borrascoso al que arribaste, creyendo bogar hacia la dicha?» Para otear, en el ocaso de sus sentidos, inermes ante el error de sus pasiones, la contemplación con que, desde la muerte, el silencio nos envuelve en los mantos de la desesperación, cuando se escucha el eco lóbrego de la sentencia: «Mirad en qué abismo lo ha hundido la desdicha.» El círculo de la ruina de Edipo abarca las tinieblas que tomaron el nombre de las creencias; el dolor y la culpa son tan vastos como los recursos que el hombre urdió para huir del fracaso

de su cuerpo; la palabra lo condena a la derrota del conocimiento y la ceguera le hace más presente la huida de los dioses, que lo abandonaron al libre albedrío de su terror; Edipo, incapaz de retar al destino, como Ulises o Eneas, está condenado al infierno de un azar desventurado; su razón le confirmará la presencia del dolor; los dioses nunca lo auxiliarán, porque el hombre los desterró del paraíso de su carne, deseosa de sucumbir a los placeres y la corrupción devastadora, enterrándolos en vida en la tierra baldía de los preceptos, en los eriales del juicio y la razón.

Y no es vano, me digo, que Picasso, infiel, pues, al recuerdo del hijo de Layo, nunca se contenta, por el contrario, con menos que invitar al minotauro o a Dionisio a un banquete doméstico, a la bacanal litúrgica de sus sentido amotinados, como dioses que aúllan de placer al amancebarse en un cuerpo desconocido y feraz, tras las libaciones con que los libertinos desentumecerán el sopor agónico de sus esquilmadas pasiones. El hombre se abandona al delirio de las emociones que lo asaltan y nombra a cada una de ellas con la invocación a un dios sin forma ni nombre, que tendrá la existencia de nuestro cuerpo, la conciencia de nuestro desamparo, la febril fugacidad del tiempo, que nos huye, inmisericorde; al derogar el mito de un olimpo de divinidades, se desliza el artista en el mito del hombre, eterno creador de constelaciones de símbolos, errantes en la eternidad, que sólo hablan de su insaciable voracidad de creencias, su irrefrenable y fabulosa tentación de ser fiel a su conciencia, engendradora de apetitos, quimeras y deseos.

Y en ocasiones —como ocurre con el *Pintor trabajando*, observado por un modelo desnudo, que data de 1927— Picasso no oculta su interrogación a ese deseo primordial. Entonces retorna a una obsesión que él toma de *Las meninas*: la del pintor que pinta el cuadro del pintor que se pregunta por el cuadro que pinta. Y la única respuesta obtenida es el espejo del cuadro, intentando aprehender el deseo del hombre de encontrar respuesta a la sombra oculta que gesta el deseo. El tesoro siempre presente y siempre oculto de la isla solitaria de Stevenson. Tesoro que nunca encontraremos, quizá porque sólo existe en la emoción que sentimos en el instante de su búsqueda, en el placer de la fiesta de nuestros sentidos alborozados por el deseo ciego que rige su destino. Respuesta que nunca nos será dada, porque pretendimos rastrearla en grutas que siempre desconocimos, cuando estaba en nosotros.

Todos los nombres, significados y pretextos que demos a los dioses serán ciertos; ellos, los cancerberos de Prometeo, no son

más que la pasión que nosotros depositamos en las vasijas vacías de su antiguo linaje. No se trata de interpretar ficciones o colores, sino de amar o morir; en cada color podremos encontrar aquel trozo de nuestra carne que nos jugamos en su presencia, dilapidando nuestras emociones en la páginas manchada que nos contempla y que contemplamos. Y sólo encontrará algo en ella aquel que se entregue sin medida al gasto improductivo de la pasión. Quizá el sarcasmo de la gigantesca producción de Picasso sea ése: ha destruido y alimentado todas las escuelas de arte contemporáneo; ha devastado cualquier quietud, entregándose a una tormenta de acciones creadoras, y todas son antagónicas y ciertas, complementarias e insustituibles. No existe un orden en su laberinto; los dioses mitológicos renacen para decir nuestras locuras y contemplar el único camino que ellos reconocen: el de la creación, el de la purificación litúrgica del arte, arrasando las creencias en nombre de la pasión sin destino del creador.

Sabiduría, la del placer y las emociones en la diáspora sin atributos que llamamos libertad, esa ausencia que nos devora, que nunca reposa en las formas estables que pudieran edificar normas o certidumbres, sino que se realiza en la dispersión más inmediata, en una subversión de sentidos, fragmentando la quietud y su paraíso de tinieblas. Los dioses de Picasso liban en favor del rostro que los contempla; nunca nos tienden sus sombras para que establezcamos el funesto combate de Eneas; nos invitan a reconocer en ellos los rastros de antiguos libertinos, que pudieran sobrevivir en la divina e imperiosa ley de nuestros deseos, que perduran en la fábula o el rostro que nosotros somos capaces de concebir para alimentar el fuego sagrado de nuestros desvaríos y el piélago de nuestro sueño.

2. Y tal rostro, sin nombre ni pasado, sin futuro y sin otra supervivencia que la oculta en la elocuencia de una sombra errante, se interroga, sin cesar ni fortuna, por la fisonomía y las nomenclaturas donde habita el fragor del fracaso que se nombre en su solicitud irremediable de existencia en el exterior de un contorno que le confiere la ilusión de la vida.

Y no es menos cierto que al creer reconocer las líneas que dibujan el pasado de una vida, las erosiones del tiempo en un cuerpo que siempre desconocimos, fraguamos la ficción de una identidad que las conforma y las alimenta. Quizá guiados por el confuso destino de la sinrazón creemos despojarnos de antiguas melancolías, convo-

cando en nuestras palabras un artilugio que erige la ley de su propio y antes inexistente devenir, cuando las graffias apenas sucumben a un quehacer anterior a cualquier sentido. Así, en el blanco de nuestra conciencia dibujamos rayas y garabatos, cuyo anónimo movimiento vestimos con los harapos abandonados en el rastro de nuestra vida, perdidos allí por un azar inhóspito y ruinoso que pervive en las apariencias que deambulan en nosotros.

Y es tan interminable ese desventurado tejer y destejer, que siempre los hombres encuentran extraños motivos para perpetuar la mirada que los contempla y que ellos, en su pueril sonambulismo, creen poseer como propia, representando la comedia de los efectos y las causas, como si nuestros ojos vieran otra cosa que la oscura caverna del dolor, guiados, en su sed de luz, por la penumbra letal de un deseo, involuntario y accidental, que siempre desconoce a la conciencia.

Así se organizan las líneas de un retrato en los confines, cercanos e ilimitados, de una representación que nos vigila y nos seduce, abandonándonos en las playas desiertas de la memoria. Allí desaparecen los objetivos y la razón y crece la vegetación insomne de los cuerpos sin forma ni sentido, que, desmoronándose sin cesar, engendran nuevos sueños y nuevas fisonomías; cuerpos y sueños confundidos ya en el légamo original de la pasión sin origen ni fin.

Allí, en el único y existente paraíso, el del olvido, las líneas y las sombras desfallecen sin medida; pero, guiados por la férrea decisión de una mano cuya ceguera ha sido sustituida por el ensueño eterno del movimiento, crean la invisible certeza del espejo: el espacio sin nombre que recompone la huella del rostro que lo engendra; máscara fatal, ya que las líneas, en su loca algarabía de sentidos, han marcado su paso con el hierro de la incertidumbre, representando, pues, el más universal de los gestos. Ya irreversible el movimiento de la tinta en el papel, las líneas desvelan el rostro de Picasso, aunque nada menos cierto que tal certidumbre: esos contornos desdibujan el paso del tiempo que otros hombres o cosas reconocieron como suyo a través de la mano que, a su pesar, los evoca en la acción, aparentemente voluntaria, de crear. Y, tras las cenizas de un cuerpo inmolado en el precio de la representación, sólo podemos percibir la mota negra de la mirada; el acto de contemplar, único testigo de nuestra vida, como los dioses, amanece en el tumulto innumerable de nuestros deseos, agotándose sin fin en la acción fútil de la mirada.

Ya el tiempo, pues, se detiene en el accidente mineral de la

contemplación. El retrato solidifica la fiesta contemplada; mirar y ser mirados son acciones que ahora la memoria no consigue escanciar en la bebida, nombre que sofoca nuestra sed, agotando sus libaciones en el gesto imperturbable de los ojos, haciendo presente su vida letárgica, originando inasibles sentencias que el hecho de nuestra mirada desnuda y confunde en el confín de líneas donde ya no vemos otra vida que la sombra que se agita en nosotros al rastrear la ausencia de un objeto donde hacer reposar nuestra agonía.

Deseo creer, y quizá no sea ocioso transmitir mis dudas, que es en las primeras páginas del *Fedro* donde Platón, con su trivial vocación constructora de mitologías, fragua para el espacio y el tiempo pasado que conocemos por Occidente la farsa de un rostro que Sócrates, dialogando con Fedro y recurriendo con ironía al oráculo del templo de Delfos, opone a la identidad anterior a la conciencia, la identidad primordial donde la confusión de las lenguas en el piélago de la ausencia de la palabra asegura la presencia y la indeterminación de los cuerpos náufragos en la pesadilla de la Historia; y tales rasgos, los de mi propia conciencia, que desconozco en igual medida en que vosotros desconocéis la vuestra, aunque adivino la miserable pretensión que os posee al pretender adivinar la mía, tales rasgos, os repito, que sólo conocemos a través de su ocaso o su ausencia, pero que alimentan la podredumbre que desea adquirir un nombre para escapar al olvido, configuraron una torpe letanía que, en la confusión de los tiempos y las cronologías, cree hablar de mí cuando apenas puede contar con el estéril fracaso de su cadáver.

De ahí que, condenados al uso de la palabra y de los ojos, pero conscientes de la más absoluta desesperanza, nos interrogamos ante el hecho de escribir o de mirar, advirtiendo, en la luz del condenado a muerte, que ambos actos escapan a nuestra voluntad, y, os repito, temeroso de haberos confundido con mis reservas, crean el espejismo fútil del acto puro, la variación de tiempo y lugar que, tras su condena inmisericorde a la rueda inclemente de la conciencia del tiempo y las idas pasiones, nos amenaza con la más absoluta gratuidad de su sin sentido, alzándose, sin voz ni vida, como único testigo, en el que podemos reconocer la mota de húmeda negrura que, en las tinieblas de la memoria, creéis anunciar como oscuro deseo que el tiempo desangra y erosiona, diluyendo los contornos en que pudimos sobrevivir; aunque ya es hora de advertiros, a vosotros, que en mí sois discurso caído en los ecos que no consigo reconocer ni ad-

vertir, pese a que me sean tan ciertos vuestros desastres, que lo único vivo que se agita al contemplaros es, precisamente, ahora puedo decirlo, esa ausencia presente en mi deseo que os evoca como a dioses, que sólo cobráis vida al ser convocados sin fe por la incertidumbre de mi palabra nombrando ese retrato que me contempla y que, vosotros sois testigos, escapa a la dispersión de mis palabras.

3. Quizá hayáis imaginado, tras constatar el fracaso del objeto de mi inconsecuencia, que está no lejos de mi ceguera la ocasional pretensión de confundiros con la fútil desarmonía de mis palabras; las palabras siempre mienten, y nos seducen con sus sonidos, asesinando nuestros sentidos. No puedo reprocharos tan justa admonición, pero desearía advertir que no puedo ser responsable de mis crasos errores, ya que no pretendo para mí otra cosa que vuestro olvido; y pienso que no deberíais reprocharme tal desdén, que no es tal, porque sólo ahuecando mi voz hasta el silencio vosotros pudierais emitir algún sonido. Pero bien sé, con amargura, que está lejos la aurora en que pueda contemplaros desentumecidos de los velos raídos de la desdicha, para cobrar la vida que imaginaros no puedo, ya que, en mí, sólo vegetáis como nada ausente, a la que sucumbo en las noches de infortunio.

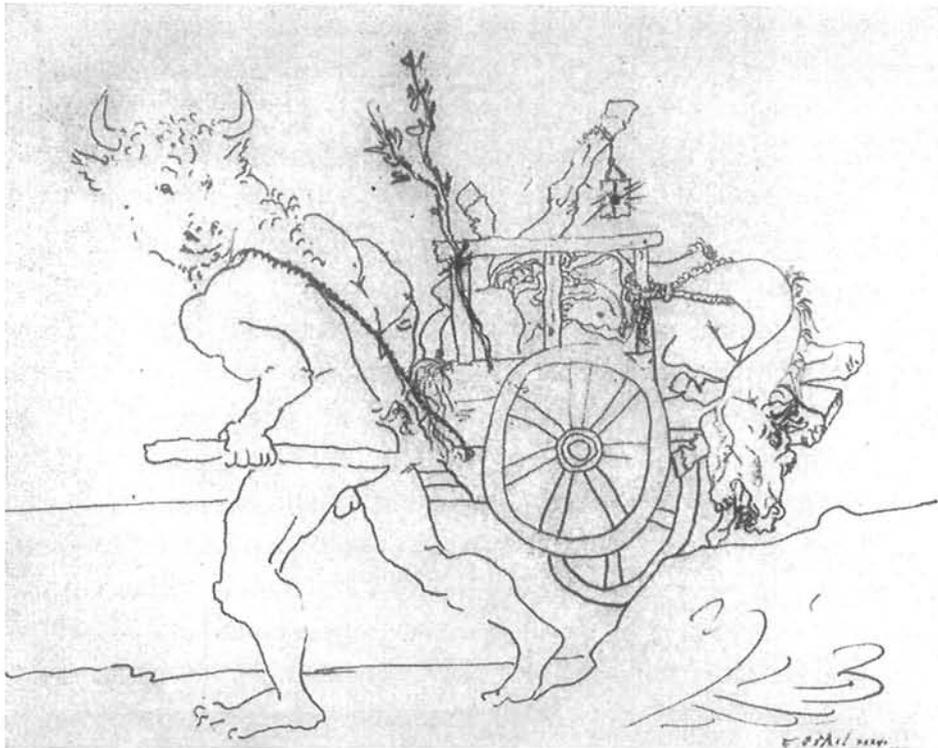
Desconociendo vuestra condición, cometiendo el error de poder creer en el antropomorfismo, fútil por provisional, que os confiero al hablaros y creer que ya sois presencia en el exterior de mis palabras (en los deseos que me asaltan; en la noche que soy, contemplada, quiero imaginar por las estrellas errantes de vuestros ojos), apenas puedo recordaros unas palabras de Aristóteles. Dicen así: «Y algunos afirman que (el alma) está mezclada en el todo (universo), por lo que tal vez Tales creyó también que todas las cosas están llenas de dioses.» Y en otro lugar agrega: «... y puesto que no se agotan en nuestra inteligencia, parece que tanto el número como las magnitudes matemáticas y lo que está fuera del firmamento son infinitos. Pero si lo que está fuera es infinito, parece asimismo que es infinito el cuerpo y los mundos; pues ¿qué razón hay para que existan en una parte del vacío más que en otra?»

Tú, condescendiente desconcido que me sigues en el hastío de tu abandono, no creas que busco otra razón que el solaz en este recuerdo de Aristóteles. ¿De qué podrían hablarnos palabras de otro tiempo, dirigidas a otros nombres, comentando pormenores tan aje-

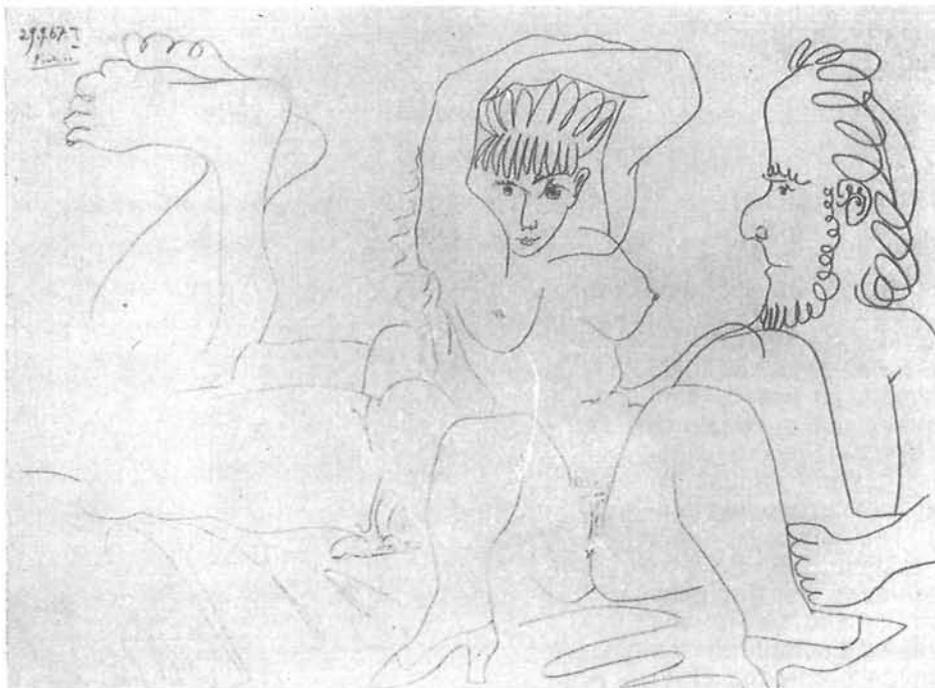
nos a nuestra cierta miseria? Pero escúchame; si así lo deseas, tuya será la culpa:

Cuentan los historiadores, rememorando la religión de los pelasgos, que éstos celebraban ritos de la fertilidad de la tierra y elevaban oraciones a dioses que carecían de nombre y de forma. En otro tiempo y lugar, hablando del banquete griego, se nos dice que en el *symposion* o «reunión de bebedores», acompañados de juegos de ingenio, de audiciones de música, de espectáculos de danza, los invitados, excitados por la sed y el deseo, bebían abundante vino; al banquete sólo tenían acceso las sirvientas, las tañedoras y las cortesanas. Yo, en la perplejidad que sigue a la contemplación, me pregunto por la melodía que toca el hombre de Picasso, coronado de flores, guiando sus pasos con la flauta o el caramillo. Seguro que tú puedes contestar a mi pregunta; de ahí que pase a exponerte las dudas que me atormentan, confiado en que mi yerro, manifestándose en toda la dimensión de mi fracaso, podrá dejar en la oscuridad algo que pudiera ser cierto, aunque nunca me sea dado contemplarlo, cegado por la tupida penumbra de mis palabras. Tal espacio, velado por las sombras, estimo, es posible que también se oculte en las líneas del pintor, ya que en su obra sólo es posible distinguir los amables contornos de una mujer desnuda, recostada en un blanco que nada me cuesta imaginar como el lecho en que, en el tiempo posterior a la imagen, el hombre deberá acostarse a su lado, tras excitar su sexo y su imaginación con el ritmo de sus pasos y de su melodía.

Puedo creer, con Aristóteles o Tales, tanto da, que las cosas que me rodean están llenas de dioses, y esos engendros de mi desvarío serían apacentados por Picasso en el contorno de sus líneas. El hombre es el primer hombre; la mujer, el primer sexo, la fecundación, noche o río. Así, cuando todos los ídolos han sido abolidos, cuando la muerte bate sus alas con una agitación sin precedentes en la historia de los hombres, la fiebre urgente de un mortal (vosotros o yo, como sea de vuestro agrado) es despojada de todo aliento; su cuerpo (que al ser nombrado no será ya el mío ni el vuestro, embarcados sin destino en el bajel desfondado de la Historia, sino el del otro, el no tocado por las palabras; el cuerpo que tomará forma en la ausencia o la penumbra que nunca podré decir, ya que me sigue como la sombra a la materia y se desvanece cada vez que creo reconocerlo, aunque la ruina de mi carne o el peso de mi silencio deberá abarcar la grave sentencia que él será mañana en las cavernas de la muerte o del olvido); su cuerpo, repito, está presente y algo dice a nuestros ojos, que se agitan al contemplar esas líneas, sin otra vida



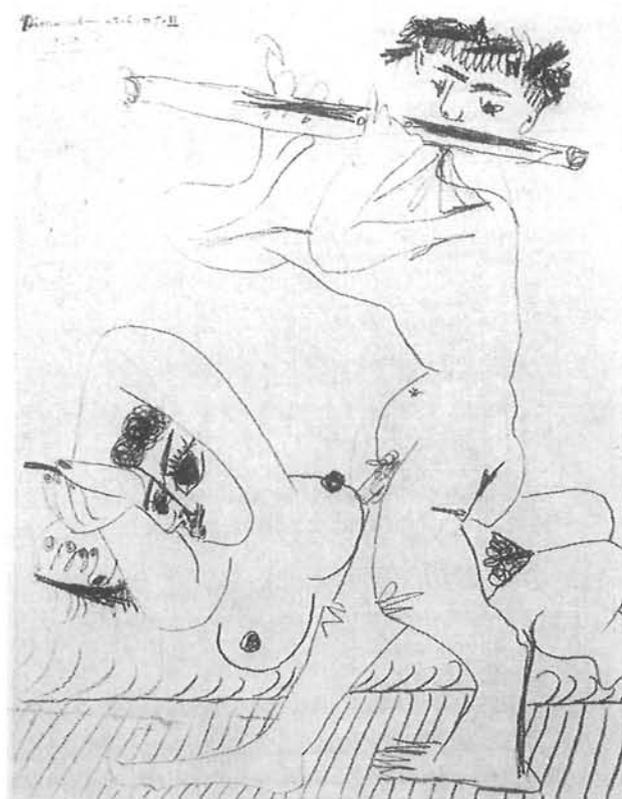
«... invitar al Minotauro a la bacanal litúrgica de sus sentidos amotinados, como dioses que aúllan de placer al amancebarse en un cuerpo desconocido y feraz (...); como Ulises, ha visto asaltada su morada; pero él no tiene una Penélope que le aguarda. Todo ha sido podrido y degradado. A los héroes y a los dioses sólo les cabe el orgullo del destierro»



«... el pintor que pinta el cuadro del pintor que se pregunta por el cuadro que pinta..., y la única respuesta obtenida es el espejo del cuadro intentando aprehender el deseo del hombre de encontrar respuesta a la sombra oculta que se gesta en el deseo»



«... y tal rostro, sin nombre ni pasado, sin futuro y sin otra supervivencia que la oculta en la elocuencia ciega de una sombra errante»



«... la mirada del flautista de Picasso: ella está detenida en el tiempo; su pasado consume en el polvo cualquier arquitectura, y, vuelvo a repetíroslo, detiene en un instante el acto puro de mirar (...). Las palabras están todas por decir; los cuerpos todavía pueden ser fecundados; el caramillo se detiene en una nota cualquiera; los dioses están presentes en la desnudez olímpica e imposible de los hombres»

que la conferida por nuestra convencional insuficiencia. Y será cierto, si así lo deseáis, o quizá acontecerá a vuestro pesar —lo ignoro— que un hombre, vosotros o yo, no pueda reconocerse en ese rostro o ese esbozo más de cosa que de hombre: ya que no es dado a los mortales y sus incertidumbres poseer la tajante presencia de un olvido que nos agita, de un sin sentido en el que podremos reconocernos.

Así, pues, deberá ser cierto el error de mis sentidos pretendiendo recluir en su torvo regazo el azar ilimitado de unos rasgos que pueden ser la imagen de unos senos, un sexo o unos ojos, y que, renunciando a la cierta representación, por fuerza deberán ocultar otra vida u otra ausencia, ya que mis ojos son asaltados por fragmentos desconocidos e innombrables, provocando sensaciones efímeras (como todo lo creado) en alguna parte desconocida de mi cuerpo, que puedes llamar como quieras: alma, espíritu, razón; todos esos nombres serán falsos y única la emoción que los engendre. Y se me antoja que un accidente sin nombre ni forma, que nos agita desde lo desconocido, presente en unas líneas o colores, es algo tan aventurado e improbable como el dios de los pelagos.

Dibujo sin nombre, en esta ocasión, la obra de Picasso, despojada de cualquier ornato, nos enfrenta a una pregunta anterior a la conciencia: ¿por qué los sentidos?, ¿por qué el amor o la muerte? Cualquier representación cobraría el significado de la historia de los hombres, y sus senderos, bifurcados en la selva del tiempo. Y la interrogante exige la inmediatez, alusiva y terminante, concreta e inaudible (porque la conciencia de las palabras y los sonidos es siempre posterior a la conciencia, quizá ilusoria, del placer o del dolor, de los sentidos amotinados, todavía inconclusos y sin destinatario, ya que sólo las palabras y sus arqueologías deberán reconvenirlos en las galerías y artificios tejidos por la sinrazón del orden) de un deseo en el que nos jugamos la vida, ya que, de no encontrar respuesta, sucumbiremos al dédalo de callejas ruinosas, donde los sentidos serán devastados por las costumbres y la razón, en el pillaje del orden y las doctrinas.

Creo que me permitiréis recordar, al menos, que el cuerpo de ausencia, de muerte o de olvido, al que me he referido, es el único superviviente que asiste y es conmovido por la contemplación de ese objeto de líneas torpes e insuficientes. Algo fútil y azaroso poseen en común el cuerpo que no es mío, pero que en mí vegeta y me es desconocido, y el cuerpo de color o de rayas que no contemplo en los rasgos trazados por Picasso, aunque en ellos está contenido y olvidado, y me descubre rastros de mi cuerpo que siempre me estu-

vieron velados y que ahora me asaltan con la urgencia de la emoción o el placer recobrado, como mercancías usadas que los mercaderes hundieron en el océano y cuyos restos, con el paso de los días, se descubren en una playa desierta, donde un hombre (los ojos que contemplan el objeto de arte) descubre en ellos los vestidos con que hasta entonces ha creído vestir las sombras doloridas de su cuerpo.

La voluntad, que en nosotros se resiste a admitir la presencia inmediata de los dioses en nuestra vida, es aquel regazo inhóspito de nuestro pensamiento, que, para admitir tal presencia, debería soportar el peso inexorable de su voluntad suprema, de su inmortalidad, de su disfrute de una vida perpetua, de su ilimitado poder; creyendo, necios, que todo aquello que echamos en falta en nosotros puede tener una fisonomía divina; imaginamos, al advertir el abandono de nuestra condición, nuestro perpetuo desmoronamiento, nuestra ilimitada impotencia, que la lucidez o la razón sería la única luz que iluminaría las tinieblas en que se encuentra sumida nuestra raza. Así, sustituyendo el transitar de las mitologías de un hombre a otro hombre, de quimera en quimera, creímos poder escapar al abismo que esas criaturas, imaginando nuevos sueños, cambiando calificativos de las cosas y del dolor, siempre uno e indescifrado. Y bien, nadie se atreverá a creer entre nosotros que los dioses que guiaron en el triunfo y en el infortunio los pasos de Ulises pueden guiar los nuestros. Al efectuar tal juicio, volvemos al tedio de la constelación inarmónica donde sufrimos el desengaño y la derrota, y nos creemos ciudadanos libres, ejerciendo nuestro juicio.

Nada más incierto, me apresuro a advertiros (aunque ya observo vuestra idiota sonrisa de suficiencia y desdén). Olvidáis, os digo, que el tiempo en que los dioses se transformaron en drogas o pócimas al servicio de los poderosos apenas data de la Atenas del siglo V. Es Platón quien nos informa por vez primera de la caída y la miseria en que cayeron los dioses helenos. Oíd sus palabras: «Nunca ningún hombre a quien las leyes hayan persuadido de la existencia de los dioses ha cometido con plena deliberación un acto impío ni ha proferido ninguna palabra nefasta y criminal; el que lo haya hecho solamente ha podido hacerlo inducido por una de las tres convicciones siguientes: o bien no creía, como he dicho, en la existencia de los dioses, o bien, en segundo lugar, fue porque creía que los dioses existían, pero que no sentían ninguna preocupación por los humanos, o bien, en fin, porque los consideraba blandos y fáciles de aplacar por medio de plegarias y sacrificios.» Edipo y la desdichada estirpe de los átridas, los grandes protagonistas de la tragedia ática, son

víctimas del drama movido por el descrédito en que habían caído los antiguos libertinos. Nadie cree en ellos, o cree poder comprarlos con las baratijas del latrocinio permitido desde su precaria existencia en los altares de los templos, donde los sacerdotes les han usurpado su poder y amañan sin pudor la voluntad de sus deseos. Hubo un día en que los dioses, como Groucho Marx, pasaron de la nada a la más absoluta miseria. Pero es el mismo Platón quien nos recuerda un tiempo anterior (que en la Historia se confunde con las primeras expediciones contra Troya), en el que los dioses no necesitaban de los dogmas para comunicarse con los mortales; dice así: «¿Hay alguien que, aceptando esto, pueda sostener que todas las cosas *no* están llenas de dioses?» Si me permitís hacer una observación, todavía quisiera advertir que los poemas de Homero nos desvelan ese tiempo primordial, al que habré de referirme más adelante, si aún cuento con vuestra paciente escucha.

De ahí, os digo, que pueda concebirse una imagen de las antiguas deidades, muy distinta, por cierto, a la establecida opinión de que ellos no fueron otra cosa que los sueños de la locura de nuestros ancestros. Si advertís, tal estimación sólo favorece a los sacerdotes de las ciencias y religiones contemporáneas, cuyos deseos —me apresuro a recordaros— alimentan los anhelos de poder y devastación, que pienso debéis tener bien presentes. Vuestra es la decisión; tenéis la oportunidad de renunciar a los falaces oráculos contemporáneos y sus delirios transistorizados, bañando de sangre el planeta; pero, si lo consideráis oportuno, podéis llamar progreso a la ignominia y continuar inermes un sueño al que tributáis los honores de una innoble deidad, de la que todos descreéis, pero que continuáis alimentando con vuestros despojos. Mas si continuáis firmes en vuestra decisión, sabed que los antiguos dioses todavía os esperan, no más allá de las fronteras de vuestra carne, amodorrados en un letargo del que nadie, sino vosotros, puede despertarlos, ya que ellos son la infinita red de lo desconocido e inanimado que nunca ha sido hollado por nadie, y que sólo vosotros y vuestra incertidumbre puede morir con ellos.

4. Tampoco yo deseo otra compañía que aquella anhelada de los compañeros con que el azar me invitó a libar en la soledad, compartida con unas cortesananas. Nada espero de ti, hipócrita lector, que de mí aguardas que colme el vacío de tus horas vanas con el tejido de mis palabras inconclusas. Como el minotauro, mudo de casa mis

hábitos y costumbres y desando el camino que me conduce al círculo donde caminar será destejer, en el yerto deambular del hastío, el lienzo que en mí escribieron los días pasados y las idas pasiones.

Yo, que creí poder llamarme dios, nadie me llamó, y vago errante en busca de una sombra donde reposar. Pero bien sé que sólo en la muerte descansarán los latidos cansados de mi corazón. Todavía me aguarda una noche eterna; en ella se confunden los alaridos de pavor que os escucho y los gemidos de las bestias que arrastro en mi viaje, uncidas al yugo de mi destino compartido. El minotauro me llama o me contempla. Como Ulises, ha visto asaltada su morada, pero él no tiene una Penélope que le aguarda. Todo ha sido podrido y degradado. A los héroes y los dioses sólo les cabe el orgullo del destierro; queden para los hombres el suicidio, las orzas de sangre y su miseria, su pedorrera, sus vómitos, su delirio infame y su insaciable sed de crímenes; los dioses y las sombras seremos confinados en los devastados eriales de la nada o de la ausencia, cuando, sobre las especies, se extiende el manto lúgubre de una noche de locura. Sois testigos de nuestra expulsión; las palabras han sido amotinadas, y su revuelta, sofocada en el exterminio; todos los lugares han sido expoliados; las aguas, envenenadas; los campos, apesados; los dioses, condenados al exilio; para ellos sólo cabe la gloria del proscrito.

Pero sabed, necios mancebos de burdel, que los libertinos aguardan mi llamada, ocultos en la vegetación insomne de mi tejido nervioso, en los pliegues de un verso de Homero. Ahora, como ya os anuncié, en mi propio y sagrado delirio los concibo y los evoco:

4.1 Sorprende al lector de la *Iliada* el que, en el fragor del texto y las batallas, los innumerables individuos que protagonizan la fábula sean reconocidos sin dilación, y cada uno de ellos sea saludado con su patronímico y la exacta nomenclatura de su genealogía.

Tal pudo ocurrir, me digo, quizá, por el respeto a oscuras leyes que se nos escapan en la huida del tiempo. Sin embargo, quien haya tenido oportunidad de familiarizarse con el relato homérico, advertirá que esa peculiaridad posee un vigor nada común; el discurso sería muy otro si los héroes cayesen en el anonimato. El hecho, tenaz, de que cada hombre, en cada instante, deba ser nombrado con la justa armonía del arquetipo de su nombre y la cosa de su cuerpo nos advierte (en la oscuridad de esa ausencia de respuestas) de una condición, llamemos objetiva, que distingue a la leyenda escrita.

Asimismo, existe en Homero una apariencia suprema mucho más sólida que aquella otra, tan sugestiva, de los hombres y los dioses, y ella es la tajante presencia del Sueño y de las Sombras. En ocasiones, es bien sabido, el poeta confunde a los dioses con los hombres y a éstos con aquéllos; incluso, es notorio, gusta de tejer la vida toda como un inextricable tejido donde se permutan las voces humanas y divinas; es más: los héroes (tal como Aquiles) poseen una estirpe divina, y los dioses se abandonan a bajas pasiones humanas, cayendo con dolorosa frecuencia en la ignominia.

Para narrar una muerte se dice así: «... la vida huyó de los miembros del guerrero y la oscuridad horrible le envolvió» (XIII, 660 y ss.). Las fronteras entre la vida y el sueño eterno son difusas; la vida parece existir en el exterior de la sombra que llamamos conciencia; la oscuridad más cierta existía antes de ser convocada por la muerte, que no habla sino de la huida de la vida, quizá a otro cuerpo o cosa, a otra estancia vacía que desconocemos. El hombre muerto habitará en el recuerdo de las horas pasadas; sabemos de su ausencia, pero nada nos dice que nosotros, sus descendientes, seamos otra cosa que sombras que pasan, agitadas por oscuros delirios.

Homero habita las máscaras de sus personajes de este modo: «Partió el Sueño... y hallando dormido en su tienda al Atrida Agamemnon—alrededor del héroe habíase difundido el sueño inmortal—, púsose sobre la cabeza del mismo y tomó la figura de Néstor» (II, 16). Así, la vida de los hombres se reconoce en los espejismos de un desvarío perpetuo, cuyas alucinaciones hilan las pasiones y el espejismo de la vida. Sombra errante, el hombre gusta de demorarse en las construcciones de palabras que el héroe homérico reconoce en los dioses y en su propia vida. La gloria de Homero es no sucumbir a la tentación fallida de una razón humana que ordene tal confuso juego de pesadillas y clarísimos atardeceres.

Los dioses homéricos sólo existen en las pasiones de los héroes, pero éstos nada pueden para escapar a la voluntad de aquéllos, que poseen la fuerza altiva de los deseos concebidos por la locura de los hombres. La vida o el sueño en nada se distinguen; sólo la muerte es cierta, y al destino y a las Parcas los hombres oponen el juego fútil de sus máscaras.

Carne de palabras, el hombre deposita su identidad en un nombre que lo sitúe en el contorno de las nomenclaturas concebidas en la noche del pasado de sus semejantes. Así, pues, todos los héroes apenas fueron otra cosa que sombras recorridas por la brisa de los vientos o el aroma de la mañana, y cada cual deberá poseer una

cifra, un nombre, que lo distinga de los restantes y le confiera un rostro, una vida, que perduren tras la ruina de su cuerpo, ya que de ésta, nada más cierto, todo será un acto fallido.

Pues polvo o palabras somos, seamos barro iluminado por las alucinaciones de los signos que en nosotros se demoran. Dice así Homero: «Cayó el guerrero en el polvo como el terso álamo nacido en la orilla de una espaciosa laguna y coronado de ramas, que corta el carretero con el hierro reluciente para hacer las pinas de un hermoso carro, dejando que el tronco seque en la ribera» (IV, 473). Antes de la metáfora, ese guerrero hubiese sido olvidado en los confines de la memoria, en el azar de una aurora fallida; son las palabras quienes lo distinguen y lo rescatan del olvido para arrojarlo a las playas desiertas de nuestro destino. De él nada sabemos; de su vida todo escapará a nuestra ilusión; pero su estirpe queda ya marcada por las runas de la palabra y los alfabetos; hubo otros héroes que murieron y todos sucumbieron a la misma suerte; pero sólo el tocado por el aliento de los signos se nos aparece fantasmal, lúcido, tras la caída mortal de su carne en el universo sobrecogedor de las palabras, el único lecho que albergó la estancia vacía de su carne.

Así, la máscara del hombre sobrevive una vez que el cuerpo y la conciencia sucumbieron al paso de los días. Algo más perdurable se oculta, pues, en la carne de las palabras, en el desván donde creemos imponer el orden de nuestra conciencia e impera la ley salvaje de los sueños, tejidos en el telar de las sombras que Penélope desteje cada noche para escapar a quienes la cortejan sin ley ni fortuna.

La supervivencia de las grafías, los guarismos y las máscaras nos advierte con ternura de nuestra condición de sombras, que no otra cosa son los héroes, aqueos o teucros, que Homero gusta reconocer a cada uno de ellos con nombre y genealogía. Así como al transcurrir una noche de insomnio en nosotros queda el poso amargo de la melancolía y olvidamos pasajeraamente las suertes de sonidos y ruidos oscuros que presidieron las horas pasadas, así también de las sombras de Patroclo o de Ulises se han borrado los accidentes mortales de su caudalosa vida, y nos queda en el remanso de la lectura la fragancia oscura del aleteo de sus palabras sucumbiendo a manos de Héctor, retando al gigante Polifemo tras engañarlo con ladina astucia, recordándole que debe su desdicha al hijo de Laertes, al rey de Itaca.

De la vida de esos hombres (que todo nos induce a imaginar como ciertos) nos queda apenas la emoción que de nuevo nos asalta cada

vez que posamos los ojos en la fugacidad de unos versos. Homero cuenta que la Discordia penetró en las muchedumbres y arrojó en ellas el combate funesto para todos; de igual modo sus palabras se dispersan en nosotros, configurando los contornos sagrados en que nos reconocemos.

Mas reflexionando de la suerte de los hombres y de los dioses, Homero pone en boca de la divina Tetis, madre de Aquiles: «... le crié como a una planta en terreno fértil y le mandé a Ilión en las corvas naves para que combatiera con los teucros, y ya no lo recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y yo no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro» (XVIII, 52 y ss.). El más noble de los aqueos (vejado con injusticia por el cruel Agamenón) y su madre, compañera de los dioses homéricos, están sumidos en un piélago desolador. Ellos creyeron que la conciencia les abriría los senderos de una razón más justa; pero con ella sólo advierten el peso de su desdicha.

Aquiles impondrá su venganza, pero tal será también el advenimiento de su propia ruina. Tetis, que posee la certidumbre de su condición, advierte con amargura que su hijo, entregado al laberinto de la conciencia, no puede recibir el socorro de sus palabras: ya que ellas sólo pueden recordarle que Patroclo, el amigo muerto por el hijo de Príamo, sólo puede sobrevivir en la muerte; en vida apenas fue una sombra ocasional, que siempre desconocimos, oscurecida por la fragancia sepulcral de un campo de batalla que a los hombres les confiere la inmortalidad y la muerte. Cumplido su destino fatal, Patroclo vive, al fin, una eternidad; de no haber caído a las puertas de Troya, quizá Aquiles y él hubiesen visto truncada su amistad; la muerte y las palabras les robaron la vida y los condenaron al sueño de una vida más vasta en los páramos de las fábulas.

Soñados, en el principio de sus días, por la fiebre y los deseos de gloria, surcaron el mar, buscando la inmortalidad en el recuerdo de sus semejantes, que consiguieron en el pillaje y la guerra; gloria efímera la de aquel sueño, perdido ya en los confines de una memoria letárgica y vegetal que renace en nuestra sangre de nuevo, cuando, prescrito por el hastío, somos vencidos por el sueño de Homero, que se adueña de nuestras emociones y nos embarga en la luminosa mañana de otra batalla que comienza en nosotros y que soñamos advirtiendo en nuestra carne la violencia de la maldición que habrá de caer, de nuevo, sobre Agamenón; las pasiones y el amor de Ulises por Calipso; en la añoranza y soledad otoñal de Penélope; cuando,

creyendo despertar del vagido invernal, advertimos que soñamos en la aurora de una noche de verano.

5. Alguno de vosotros me reprochará, con razón, que sólo he hablado de palabras y de sombras. Y, ciertamente, apenas he articulado en mi discurso otra cosa que gestos imprecisos, nada disculpables dislates que ni tuvieron al hombre por protagonista o error ni, aunque os disguste, nunca dejaron de nombrar otra cosa. Al menos, ésa y no otra fue mi presunción, sin duda fatua y equivocada.

Pero, permitidme aún una nueva inconsecuencia: admitida por mí la existencia de los dioses, todavía, os recuerdo, antes de ellos existió un concepto muy anterior, más primitivo y sugestivo. A tal me atreveré a calificar con el concepto romo de «individuo» (que, aunque os extrañe, para mí que no coincide con la noción de conciencia, que, creemos, nos distingue del resto de la fauna de la creación). Antes que los dioses, fueron los hombres; pero de aquellas primeras genealogías anteriores a nuestros padres espirituales todo nos separa, porque olvidamos su verdadera condición. Históricamente coincidentes con la expedición de los argonautas y las guerras de Troya (quizá anteriores, aunque nos faltan los relatos en que poder identificarlos o reconocerlos), aquellos primeros héroes todavía vegetaban con la luminosa ilusión de la falta de la conciencia: fuerzas elementales, ciegas y absolutas, no estaban mancilladas con el advenimiento de la razón.

La idea, funesta, de que los dioses gobernaron algún día el universo nace precisamente de la ruina de aquel primer concepto de la humanidad en el que la palabra se confundía con el cuerpo que la ocasionaba ignorando su destino; y éste no tenía otra existencia que la usurpada por la palabra al silencio mineral de los cuerpos, la animada por el grito desentumecido a la material del caos inorgánico. Esa caída en el tiempo de la conciencia es la que Platón narra en el *Fedro*. En ese texto se derrumba el mito de la palabra plural de los orígenes (el gesto, quizá indiferenciado, en el que se confunden el sonido y la identidad, el individuo y la voz que lo expresa y lo hace posible como tal), y amanece el mito contemporáneo de la identidad personal. El espacio oracular de las estaciones ha dejado de ser una lengua de presagios (que los hombres habitaban con el triunfo y la catástrofe de sus vidas, integrándose en la mecánica celeste de la materia), y Sócrates inventa el espacio oracular del cuerpo humano.

Mas, vosotros lo sabéis, la conciencia descubre, en primer lugar, el peso de la ignorancia propia. Y los hombres (Platón, en este caso) recurren a la añagaza de fraguar una «locura divina» que explique su capacidad de articular palabras. No queda otro rastro de la existencia anterior, cuando la palabra se confundía con la divinidad, y ésta no tenía otra existencia que el cuerpo humano.

Así, ahora queda claro, con la palabra los hombres se convierten en esclavos de los dioses, los libertinos que, con anterioridad, sólo existieron en nuestra ilimitada sed de placer o delirios. Ellos, al vegetar en el exterior de nuestra carne (en el espacio material de nuestro sueño), configuraban el rostro oculto de nuestra conciencia, que, al nacer, usurpó la inocencia virgen de los orígenes con el estigma insalvable de la duda.

¿De qué, pues, puedo yo hablaros sino de palabras? Lo conocido sólo existe a través de nuestras alucinaciones, y ¿cómo nombrar aquello que desconocemos? Pero, escuchadme bien, porque en esto os va la vida (que creéis vuestra cuando os pertenece, apenas, en la medida que la desconocéis; ya que lo conocido sólo habita en la muerte cierta del tiempo pasado): el universo, y no vuestro dolor, es quien está tejido de palabras; él es la farsa última de nuestro sueño. Sólo posee la existencia que le confiere nuestro eterno pavor, por él sólo es muerte, un drama sin personajes, sin acción, sin vida, el rostro inexorable del silencio, raído por la muerte cíclica de las especies, manchado por los residuos botánicos del cambio de las estaciones.

Pero ¿qué os digo? ¿Me escucháis? ¿Creéis en mi locura? No seáis necios de nuevo: arrasad también la efigie que os propongo. Aunque quizá sea inútil esta empresa: ¿cómo derrotar a quien se proclama vencido?, ¿cómo ajusticiar a quien sólo dice la palabra del fracaso más vasto y ya cumplido? No deseo vuestros renovados delirios: sólo quiero advertiros que mi discurso semeja a la mirada del flautista de Picasso: ella está detenida en el tiempo: su pasado consume en el polvo cualquier arquitectura y, vuelvo a repetíroslo, detiene en un instante el acto puro de mirar.

Las palabras están todas por decir; los cuerpos todavía pueden ser fecundados; el caramillo se detiene en una nota cualquiera; los dioses están presentes en la desnudez olímpica e imposible de los hombres, y la tierra (innombrada e invisible entre las figuras) todavía no ha sido mancillada o fermentada por las lluvias o los cadáveres y su estiércol. Si hubo un tiempo en que la palabra de los hombres y la palabra de los dioses fueron la palabra única del deseo

(todavía sin nombre porque todavía se desconocen los alfabetos y las reglas), ese tiempo, imaginable a través de las aguas del río de Heráclito, el canto faústico de Homero, o la dispersión inconclusa de Tales de Mileto, es nombrado de nuevo en algunas obras de Picasso. Quizá me digáis, con razón, que tales imágenes no son más ciertas que un sueño, y es muy acertada vuestra advertencia; pero yo os recuerdo de Lucrecio: «Si la materia no fuera eterna, tiempo ha que el mundo se hubiera reducido a la nada, y de la nada hubiera vuelto a nacer cuanto vemos», y yo os preguntaría, si pudiésemos imaginar la muerte, no como reverso de nuestra vida, sino como única certidumbre que sobrevive a nuestro insensatos juicios, esa materia que llamáis tierra o carne, ¿no semeja a un cuerpo inanimado, cuya condición, más incierta que lo mineral, es lo más semejante a aquellos que llamamos muerté?; y el hombre, ¿no es una sombra que busca cobijo en sus propias alucinaciones?; y la vida, ¿no es una ficción del hombre?; ¿por qué, entonces, os abandonáis al miedo, incapaces de conferir dignidad divina a la imperiosa ley de vuestros deseos?

*JUAN PEDRO QUIÑONERO*

Paseo Dos de Mayo  
Urbanización «La Fuensanta», edificio «Aries»  
MOSTOLES (Madrid)